

VI.

La inquietud sombría de las muchedumbres celestiales, iba en aumento.

Dios, como recogido en sí mismo, apenas las comunicaba débiles rayos de su gloria infinita. Los ángeles, pensativos, discurrían por los verjeles eternos.

Así pasó cerca de un año, hasta que mensajeros del Altísimo bajaron á la tierra y volvieron al cielo con nuevas del Verbo de Dios.

Lo que dijeron á sus hermanos debió ser tan estupendo, que una multitud de ángeles se arrodilló ante las gradas del trono divino, prorumpiendo en sollozos y hablando así:

—Señor y Dios omnipotente: perdona á estos tus fieles siervos el que nos lleguemos á tí, abismados ante tus arcanos y ansiosos de mostrarte nuestro corazón. Algo conocíamos de tus inexcrutables designios respecto á tu Hijo, que es nuestro Señor y Rey; pero ¿cómo concebir lo que muchas voces califican de locura infinita de amor? Han llegado unos emisarios tuyos que nos han dicho que tu Hijo eterno ha nacido, como si fuera hombre, del seno de una mujer; y ha nacido en una noche fría, sin más albergue que un establo, sin más lecho que las pajas de un pesebre. A unos pobres pastores se les dió aviso, por tus enviados, de tamaño portento; y á nuestros oídos ha llegado el cántico de nuestros compañeros, que decía: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» Señor y Dios eterno, ¿podremos consentir nosotros, humildes servidores tuyos que, mientras disfrutamos de las infinitas riquezas de su gloria, nuestro Rey padezca frío y esté desnudo y pobre y sin más corte que unos rudos pastorcillos? ¡Ay!, Señor Omnipotente: déjanos ir á la tierra para acompañarle. Tu sabes que la tierra es un valle de desolación y de pecado. Los hombres odiarán á tu Hijo y le perseguirán.

—Yo—agregó uno de aquellos ángeles—fui el que mandaste á las puertas del paraíso para arrojar con espada de fuego á los primeros prevaricadores.

—Yo—dijo otro—fui el que abrió las cataratas del cielo y rompió los diques del grande abismo para que se sumergiera en sus aguas toda sangre pecadora.

—Yo—añadió otro—fulminé los rayos que abrasaron á las ciudades nefandas.

—Señor y Dios eterno—dijeron todos—la tierra es un valle de abrojos, de desolación y de pecado. Déjanos, déjanos bajar á la tierra